

**La biografía como caleidoscopio:  
las relaciones entre Iglesia  
y política a partir de la figura de  
Leopoldo Buteler (1935-1955)**

*Rebeca Camaño Semprini*

## Introducción

*“¿Quién soñaría en evocar un viaje  
sin tener una idea del paisaje  
en el cual transcurre?”  
(Bourdieu, 1989, p. 128).*

Pensar en la biografía como instrumento para la construcción del conocimiento histórico remite, entendemos, a una cuestión de escala y de perspectiva de análisis. Como señaló Giovanni Levi (1989) a fines de la década del ochenta, ante la incapacidad de los historiadores para dominar la singularidad irreductible de la vida de un individuo, el análisis biográfico debe mantenerse en la encrucijada de problemas particularmente relevantes que llevan a reflexionar en torno al papel de las incoherencias entre las normas dentro de cada sistema social, el tipo de racionalidad que se atribuye a los actores al escribir una biografía y la relación entre un grupo y los individuos que lo componen.

Ciertamente, el historiador italiano retomaba en su propuesta argumentos esgrimidos contemporáneamente por Pierre Bourdieu (1989), quien advertía sobre la “ilusión biográfica” que llevaba a concebir la vida como una historia, un relato coherente de una secuencia significativa y orientada de acontecimientos. Frente a ello planteaba que lo real es discontinuo, formado por elementos únicos, yuxtapuestos sin razón, surgidos de modo imprevisto, fuera de propósito, aleatorio. Para el sociólogo, no era posible comprender una trayectoria si no se reconstruían previamente los estados sucesivos del campo en el cual se había desarrollado, es decir, el conjunto de las relaciones objetivas que han unido al agente considerado al conjunto de los otros agentes comprometidos en el mismo campo y enfrentados al mismo espacio de posibilidades. En igual sentido, Levi (1989) se refería a la tradición biográfica como aquella que asociaba una cronología ordenada, una personalidad coherente y estable, acciones sin inercia y decisiones sin incertidumbres. Reaparecía entonces la imagen de la “ilusión” de una identidad específica, coherente y sin contradicciones que para el autor no era sino el biombo o la máscara “de una miríada de fragmentos y de astillas” (p. 18).

Pocos después, Jacques Le Goff (1993) escribía sobre los retornos en la historiografía occidental, temas y problemáticas que anteriormente habían sido desvalorizados. Entre ellos, nos interesa focalizar en los retornos de la historia política y de la biografía. Con respecto a la primera, señalaba que se trataba de una historia de lo político, cuyo concepto fundamental, pluridisciplinario, es el de poder. Esta historia política renovada y amplia-

da apeló a nuevos documentos para mostrar los aspectos simbólicos del poder: iconografías, ritos, liturgias, etcétera. En cuanto a la producción biográfica distinguía entre aquella que permanecía sujeta a una psicología superficial, anacrónica y perimida y la que se esforzaba por mostrar que la biografía puede ser uno de los medios para encontrar “en el tiempo de una vida” la encarnación concreta de los grandes movimientos de la historia política, económica, social, cultural, de las mentalidades y del imaginario.

Fueron precisamente estas discusiones historiográficas las que nutrieron nuestra inmersión en una indagación sobre las relaciones entre la Iglesia católica y la vida política cordobesa desde una perspectiva biográfica centrada en Leopoldo Buteler, primer obispo de la diócesis de Río Cuarto. En el presente texto nos proponemos sintetizar algunos de los resultados de nuestra investigación<sup>92</sup>, ordenados en torno a tres dimensiones de análisis: el lugar de Buteler dentro de la Iglesia cordobesa y del catolicismo argentino; las constantes que identificamos a lo largo de su trayectoria biográfica y, finalmente, aquellos elementos disruptivos o contradictorios en su devenir.

## **Buteler situado**

Comprender la trayectoria biográfica de Leopoldo Buteler implica situarlo, tanto respecto al lugar que ocupaba dentro de la sociedad cordobesa como al interior de la institución eclesiástica y, más ampliamente, del catolicismo argentino. Requiere, asimismo, atender a las transformaciones que estos espacios estaban experimentando hacia mediados de la década del treinta.

Proveniente de una familia de raigambre en la sociedad cordobesa, Leopoldo había nacido en 1882 en la zona serrana, su padre era Diego Buteler (hijo de Diego Buteler y Sarsfield) y la madre era Matilde Martínez (hija de Lucía Martínez de Betancur y Berton); lo cual da una idea de la prosapia de su familia. Esta se hallaba fuertemente entrelazada con la Iglesia, al punto de que varios de sus hermanos también siguieron la carrera eclesiástica<sup>93</sup>.

---

92 Plasmados en la tesis doctoral “Entre el sabatinismo y el peronismo: representaciones, prácticas y proyección política del Obispado de Leopoldo Buteler (Río Cuarto, 1943-1955)”, defendida en 2017.

93 Alfonso, quien entonces era presbítero en Córdoba, “vivió entusiastamente” al Ejército en la manifestación que se organizó por las calles cordobesas en 1930 en apoyo al golpe de Estado contra Yrigoyen y años más tarde fue colocado al frente del Obispado de Mendoza y Neuquén. Allí tendría, al igual que Leopoldo en Córdoba, una fuerte presencia en la política provincial. Asimismo, su hermana María del Pilar era religiosa de las Adoratrices y Justa Matilde de la Congregación Esclavas del Sagrado Corazón.

A esta primera socialización, intensamente marcada por los dogmas de la religión católica profesada por su familia<sup>94</sup>, le sucedió una adolescencia en el Seminario Conciliar de Nuestra Señora de Loreto de Córdoba, institución en la que permaneció durante doce años para formarse como sacerdote y de la que fue nombrado Vicerrector a los veinte años, antes de recibir las Órdenes Mayores. Una vez otorgado el presbiterado, en 1905 Buteler fue designado ministro de la parroquia de La Asunción de Marcos Juárez, centro urbano relativamente importante del sudeste cordobés, cargo en el que permaneció durante veintitrés años. Luego, se trasladó a la ciudad de Córdoba para asumir como rector del Seminario del Loreto (Costa, 2004).

*Los Principios*<sup>95</sup> lo catalogaba como “una de las más destacadas personalidades del clero cordobés”, por lo que su nombramiento fue bien recibido por el diario católico, quien celebraba la designación y la atribuía a sus “relevantes dotes de ciencia y virtud” tanto como a “su tesonera y fecunda labor parroquial, altamente apreciada por sus feligreses y superiores jerárquicos”<sup>96</sup>. Sin embargo, permaneció en este puesto solo tres meses, dado que a partir de entonces fue acumulando un conjunto de importantes cargos jerárquicos. En marzo de 1932 fue nombrado obispo auxiliar de Córdoba y, como tal, asistía al obispo Lafitte en el gobierno de la diócesis y ocupaba su lugar cuando se encontraba ausente o impedido de desempeñar su cargo. Poco después, inspector de parroquias y deán de la iglesia catedral y, por lo tanto, el párroco más importante de la capital cordobesa<sup>97</sup>.

A partir de su trayectoria biográfica podemos ubicar a Buteler dentro de la “clase alta cordobesa”, aquel sector al que el sociólogo De Imaz (1964) se ha referido como regido por pautas de tipo tradicional, origen familiar de antigua data y residencia en la provincia, integrado por propietarios rurales en las sierras, con prescindencia de su real situación económica. Retomando aquella caracterización, agregamos los estrechos lazos que unían a estas familias con la institución eclesiástica y con la esfera estatal, pues tradicionalmente habían tenido en sus manos el poder judicial, la universidad y los principales cargos de la administración pública (Tcach, 2007).

En ese sentido, podría ubicarse dentro de lo que Juan Carlos Agulla (1968) calificó como “aristocracia cordobesa”. En su estudio sobre la historia política de la ciudad de Córdoba entre 1916 y 1966 este autor asevera que lo que definía a un grupo de familias como tal era su capacidad de influir para que se tomaran determinadas decisiones en la comunidad, basada en

---

94 Ejemplo de ello es que la capilla de Los Molinos, donde nació y se crio Buteler, había sido construida bajo el auspicio de su familia materna, los Martínez, quienes introdujeron en la villa la devoción a la Virgen del Pilar (Costa, 2004).

95 Diario vinculado al entonces obispado cordobés.

96 *Los Principios*, 12/12/1931.

97 *Los Principios*, 06/03/1932.

ciertos criterios como la tradición familiar, el apellido, el estilo de vida y el prestigio social. Compuesta por doctores, licenciados, maestros y bachilleres de la Casa de Trejo, se encontraba en la parte más alta de la pirámide de prestigio ocupacional. Eran fundamentalmente abogados, médicos, ingenieros y escribanos que ejercían su profesión liberal y ocupaban cargos en el gobierno, la universidad y la justicia. Aquí también ubicaba Agulla a algunos teólogos y sacerdotes de jerarquía, tal como era Buteler.

Su devenir dentro de la institución eclesiástica nos permite situarlo en un punto intermedio entre los dos modos de reclutamiento de que dan cuenta Bourdieu y Saint-Martin (2009) en su estudio sobre el episcopado francés: los oblatos y los herederos. Con los primeros comparte el haber sido destinado y orientado a la Iglesia desde su primera infancia, haber pasado por un seminario diocesano y ser ordenado sacerdote antes de los veinticinco años y, finalmente, el haber ocupado un puesto de responsabilidad en el seminario “contribuyendo así a reproducir el modelo según el cual han sido producidos” (p. 97). Sin embargo, a diferencia de aquellos —y en común con los herederos— tuvo un origen abolengo y, por lo tanto, sí era “alguien” sin y fuera de la Iglesia, pues detentaba un capital económico, cultural y social previo a la institución. Era, por otra parte, propenso a tomar posiciones públicas y hacer frecuentes declaraciones a través de la prensa local y provincial.

Todos estos antecedentes fueron considerados en 1934 al momento de nombrarlo a la cabeza de la novel diócesis de Río Cuarto<sup>98</sup>. La creación de esta jurisdicción fue parte del proceso de reforma eclesiástica emprendido a partir de la bula *Nobiles Argentina Nationis* tendiente a una mayor adecuación de las circunscripciones eclesiásticas a las político-administrativas estatales, impulsada bajo el influjo vaticano y las ideas de Pío XII. Como resultado de esta disposición fueron creadas diez nuevas diócesis y seis de las ya existentes se vieron promocionadas a arquidiócesis, entre ellas la de Río Cuarto y Córdoba, respectivamente. La importancia de esta reforma fue resaltada por diversos autores, que vieron en ella tanto la consolidación de una Iglesia subordinada a la autoridad y a la disciplina vaticana y consustanciada con el modelo de romanización como la renovación del episcopado argentino (Caimari, 1994; Zanatta, 1996; Bianchi, 1997).

Por otra parte, en su estudio precursor sobre los sectores dominantes, De Imaz (1964) señalaba que al crearse las nuevas diócesis en 1934 fueron consagrados obispos jóvenes, lo cual implicó un remozamiento de la cúpide eclesiástica y, al mismo tiempo, un cambio en la composición de los cuadros dirigentes, pues “todos los obispos entonces designados son primera generación de hijos de inmigrantes” (p. 175). Esta idea —que ha sido reproducida casi acríticamente por los demás autores que se ocuparon de las

---

98 Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Córdoba, 1934, p. 310.

jerarquías eclesiásticas y ha prevalecido en sus análisis<sup>99</sup>, aun cuando tangencialmente aluden a la presencia de exponentes de familias tradicionales del interior— debe matizarse, tanto por el origen abolenigo de algunos de los nuevos obispos como por la edad que tenían al momento de asumir. Si bien es cierto que la mitad de los nuevos obispos era más joven —como mostramos en la siguiente tabla— el promedio de edad era de cincuenta años y la otra mitad los superaba, en algunos casos, con creces.

Tabla 1. Diócesis creadas en 1934 y sus autoridades.

Diócesis	Obispo
Mendoza	José Aníbal Verdaguer y Corominas (57 años)
San Luis	Pedro Dionisio Tibiletti (47 años)
La Rioja	Froilán Ferreira Reinafé (44 años)
Jujuy	Enrique José Mühn (37 años)
Rosario	Antonio Caggiano (45 años)
Río Cuarto	Leopoldo Buteler (53 años)
Bahía Blanca	Leandro Bautista Astelarra (51 años)
Mercedes	Juan Pascual Chimento (47 años)
Azul	César Antonio Cánova (60 años)
Viedma	Nicolás Esandi (58 años)

Fuente: elaboración propia sobre la base de la información suministrada por las Diócesis mencionadas.

De lo enunciado hasta el momento, se deduce que por su edad y extracción social Buteler encarnaba ambas excepciones. Como miembro de la “aristocracia cordobesa” debió adecuarse a las transformaciones sociales que dieron lugar a un cambio o circulación de las elites dirigentes provinciales inauguradas con el ascenso del radicalismo a la presidencia en 1916 y la Reforma Universitaria de 1918. Hasta entonces, este estrato social había tenido la función de gobierno en la medida en que todas las elites dirigentes provenían de su seno, función que —de acuerdo con Agulla (1968)— era ejercida con perfecta conciencia de su superioridad sobre el común de la gente, la cual se fundamentaba tanto en la capacitación formal como en el ritualismo formalista, basado en una clara vida social y moral. Atendiendo a esto, entendemos que su trayectoria biográfica nos brinda las herramientas para comprender sus representaciones sociales y, particularmente, políticas.

En este sentido, la hipótesis central de nuestra investigación que sirvió de eje articulador de las restantes fue que entre 1935 y 1955 Monseñor Leopoldo Buteler tendió desde el obispado de Río Cuarto a la construcción

99 Nos referimos aquí a autores como Caimari (1994); Zanatta (1996); Bianchi (1997).

de la Nación católica. Esto implicaba impulsar en su área de influencia — que excedía ampliamente los confines de la diócesis— la organización de la sociedad de acuerdo con los valores promovidos por el integrismo católico. Si este, de acuerdo con lo postulado por Mallimaci (1988), era un catolicismo intransigente —que no aceptaba estar relegado en la sacristía y buscaba tener una fuerte presencia social, bajo el convencimiento de que la fe cristiana era el principio de verdad absoluta, que todo valor verdadero provenía de ella y de que la Iglesia Católica Apostólica Romana era la norma suprema y la única garante de esa unidad trascendente— e insistía en la eficacia inmediata de apoderarse del Estado y de ligarse a los diversos grupos de poder, consideramos que en Buteler adquiriría un alta intensidad ideológica<sup>100</sup>, es decir, aun mayor fuerza y temperatura que el sostenido por sus pares.

De acuerdo con nuestro planteo, esto devino de su concepción sacralizada de la política o, en otras palabras, del hecho de que desde su perspectiva no hubiera una solución de continuidad entre la vida privada de los individuos y su vida pública, la cual debía indefectiblemente ordenarse de acuerdo con los cánones del catolicismo. La consecuencia lógica de esto fue la exigencia a los poderes públicos de la implementación de políticas coherentes con los postulados del catolicismo integrista, lo que se tradujo en una búsqueda obsesiva del control social. Esto lo llevó a oponerse a todo aquello que —entendía— lo alteraba: el cine, el teatro, los bailes, el carnaval, las publicaciones, incluso el “exhibicionismo” de los animales. También a lo que percibía como una amenaza: el comunismo, el protestantismo, el laicismo; finalmente, el peronismo. Las consecuencias de esta política del orden se hicieron sentir en sus relaciones con los poderes públicos, constituyéndose en adalid de la ofensiva contra el sabattinismo, primero, y luego, el peronismo no solo en su fase de conflicto con la Iglesia, sino en momentos en que a nivel nacional ambos mantenían aun relaciones muy fluidas. Las permanencias y los virajes en las estrategias implementadas por Buteler a lo largo de su trayectoria biográfica ocupan nuestra atención en los siguientes apartados.

## Continuidades

En los veinte años analizados encontramos algunas constantes, tanto en lo que respecta a su desempeño hacia el interior de la institución eclesíástica como en sus vinculaciones con los poderes políticos.

---

100 Este concepto fue propuesto para el análisis de los sistemas de partidos unipartidistas (Sartori, 1976). Consideramos que resulta pertinente su utilización para propuestas que, como las del catolicismo integrista, negaban cualquier posibilidad de diálogo con los adversarios políticos, considerados más bien en términos de enemigos.

La primera de ellas, y quizás la más evidente, fue su obsesión por el control social y, en estrecha relación con esta, por la moralidad de las costumbres. Su concepción aristotélica del hábito —heredada de su temprana formación católica y profundizada por su instrucción sacerdotal— lo llevaba a establecer un *continuum* entre la interioridad de la persona y su comportamiento externo, por lo que entendía que el imbuirse en la doctrina católica, a través de la evangelización, se traduciría en un proceder conforme a los dogmas de la Iglesia. Trasladado a la esfera pública, esto desembocaba en una mirada sacralizada de la política, en la que esta debía subsumirse a los dictados de la jerarquía eclesiástica. El respaldo a un gobierno, y más aún, el mero reconocimiento de su legitimidad de origen, estaban supeditados a la subordinación que aquel prestara a los principios católicos.

De allí que el sabattinismo fuera percibido como una amenaza y la antesala del comunismo, la anarquía y la subversión. Al apoyo que el Partido Comunista cordobés le brindó a la fórmula encabezada por el radical progresista Amadeo Sabattini, que resultó clave para su triunfo en las elecciones para gobernador celebradas a fines de 1935 y a las amplias libertades que le otorgó durante su gestión, se sumó la veta laicista y anticlerical que lo caracterizó desde su asunción. Al tomar posesión de su cargo, el 17 de mayo de 1936, el flamante gobernador juró “por la Patria y el Honor”, omitiendo hacer referencia a Dios y los Santos Evangelios y se comprometió a proteger y hacer respetar la religión católica, apostólica y romana solo porque así se lo ordenaba la Constitución. Este agregado personal al juramento desató la ira de los sectores conservadores y, en particular, clericales.

Esta brecha fue profundizándose a medida que el nuevo gobierno fue definiendo su política respecto a dos cuestiones muy sensibles para la Iglesia: la educación y las relaciones laborales. En este sentido, y con la guerra civil española como trasfondo, para el catolicismo cordobés en general y para Buteler en particular, el sabattinismo representaba la encarnación simultánea de dos de sus principales enemigos: el laicismo y el comunismo. Por el contrario, los militares golpistas de 1943 fueron considerados como la posibilidad de materializar el mito de la Nación católica sostenido durante años. También esto fue lo que impulsó a apoyar la candidatura de Perón en las elecciones de febrero de 1946 y a proclamarlo poco después como un “rey sabio” que sostenía firmemente al pueblo argentino bajo la sujeción a Dios y su ley. Fue, asimismo, lo que motivó su enfrentamiento con el comisionado municipal peronista Alfredo Nolasco Ferreyra, respecto a quien consideraba que no reunía los atributos morales que se esperaban de una autoridad pública<sup>101</sup>.

---

101 Para un análisis sobre las relaciones entre Buteler y el peronismo en el ámbito rio-cuartense remitimos a Camaño Semprini (2020).



En estrecha relación con la anterior, encontramos una segunda preocupación insistentemente recurrente en Buteler: la educación. La influencia de la Iglesia y los sectores católicos había logrado imponerse, haciendo que el avance del liberalismo desde el siglo XIX en este ámbito fuera siempre endeble. Pese a los insistentes intentos, la enseñanza de religión en las escuelas provinciales había superado los aires laicistas. Lograr redimirla de la influencia clerical se constituyó en uno de los principales objetivos de la política educativa sabattinista. La embestida del episcopado cordobés, y en particular de Buteler, liderando a la militancia católica en contra de esta iniciativa fue decisiva para evitar su consecución. Las estrategias fueron múltiples: emisión de cartas pastorales, ofensiva a través de la prensa clerical, creación de organizaciones gremiales católicas, como el Centro de Maestros Católicos, entre otras<sup>102</sup>. En los argumentos esgrimidos por Buteler para oponerse a la educación laica identificamos tres hilos conductores: la enseñanza religiosa era elevada a anhelo y/o demanda de un pueblo que se reconocía católico; una constante referencia a los peligros que engendraba el establecimiento de una educación laica, no solo para la niñez sino para la sociedad toda, en tanto constituía una pócima tóxica que llevaba a la inmoralidad, la anomia y, eventualmente, al suicidio de la patria; y la búsqueda de erigir a la Iglesia como árbitro de la organización social, en una visión arcaica de la institución como detentadora de un poder espiritual al que debía subordinarse el poder temporal de las autoridades políticas. Consecuentemente, el laicismo en la educación era percibido no solamente como una afrenta a la Iglesia, sino a la Nación misma, pues esta era homologada a la fe católica. La enseñanza de la religión no era, por lo tanto, un privilegio de la Iglesia, sino un derecho inalienable. La sola posibilidad de que se le sustrajera era computada como la antesala del caos y la subversión.

Por ello fue recibido con alborozo el desplazamiento del sabattinismo como consecuencia del golpe de Estado de 1943, en tanto significaba la dilución de esta amenaza que se cernía sobre el catolicismo cordobés. Más aún: la fuerte impregnación de las nuevas autoridades con el mito de la Nación católica y la comunión con la Iglesia en un proyecto de organización social y política volvieron a los gobiernos militares sucedidos a partir de 1943 en el escenario ideal para las jerarquías eclesiásticas y, en particular, para Buteler, quien abrió un entusiasta recibimiento a las nuevas autoridades con miles de niños rezando frente a la catedral de Río Cuarto<sup>103</sup>. Luego, fue precisamente la promesa de mantener la enseñanza religiosa por parte de Perón, tanto como la amenaza de una revancha laicista si ganaban los candidatos de la Unión Democrática, lo que impulsó decisivamente su apoyo a

---

102 Para profundizar tanto en este proyecto y en los que le sucedieron durante los gobiernos sabattinistas y a las lecturas realizadas desde el catolicismo cordobés, remitimos a Tcach y Camaño Semprini (2019).

103 Para profundizar en este período remitimos a Camaño Semprini (2019).

la fórmula “continuista”. El que cumpliera con este pacto fue motivo destacado para agradecerle una vez que Perón estuvo a cargo de la presidencia y, como contracara, cuando retiró a la religión de las escuelas en 1954 y la reemplazó por un asesoramiento espiritual bajo el influjo de la doctrina peronista, se vio nuevamente la admonición de la anarquía rondando sobre los destinos de la Nación.

Una tercera constante fue, por omisión, la absoluta despreocupación por la cuestión social y, en particular, por la situación de las clases trabajadoras, a menos que afectara al siempre mentado orden social. Hacia el interior de la Iglesia, esto se tradujo en que —pese a la política de desplazamiento de la Orden Franciscana de todos los espacios de evangelización y sociabilidad que había venido construyendo desde el siglo XIX— se dejara en manos de los reverendos la administración del Círculo Católico de Obreros y que, a diferencia de las autoridades cordobesas, no se esforzara por la organización de la Juventud Obrera Católica durante los gobiernos sabattinistas. En cuanto a estos, su política laboral fue juzgada —como muchas otras de sus medidas— como alentadora del caos social. En efecto, entre 1936 y 1943 el Departamento Provincial del Trabajo ocupó un lugar privilegiado dentro de los lineamientos de la política social cordobesa, centrada fundamentalmente en lo que se concebía como una obligación central del Estado: la garantía del empleo. Con este objetivo como eje articulador, durante los gobiernos sabattinistas se obtuvieron importantes resultados en diversos aspectos: aumentos de salarios, su pago en moneda nacional, disminución de la jornada laboral en el término fijado por la ley, descanso semanal y compensatorio, pago de horas extras, cumplimiento y pago del sábado inglés, limitación del trabajo de los menores en los términos legales, protección al trabajo de la mujer a través de la instalación de salas maternales en las fábricas, etcétera (Philp, 1998).

Desde una perspectiva moralizante que focalizaba la atención en el orden social, Buteler veía en los conflictos obreros —supuestamente atizados por las políticas “obreristas” del gobierno— el peligro de la subversión social. Su despreocupación por el mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores bajos y la ausencia de un llamado de atención al respecto a las clases más acomodadas contrastaba con la sensibilidad que en general manifestaba la Iglesia argentina frente a las consecuencias sociales derivadas de la crisis económica de 1930. El silencio sostenido por Buteler se vuelve aún más evidente frente a las insistentes denuncias realizadas por la propia prensa católica respecto al problema de la mendicidad, la desocupación y la conflictividad obrera en Río Cuarto. Más adelante, los resque-  
mores que podía despertar la intervención estatal en favor de los trabajadores de la mano de Perón durante el gobierno militar fueron soslayados en pos de sostener su política anticomunista y su proyecto educativo.

Una cuarta constante fue la vinculación del Obispado con elementos de la derecha nacionalista. Estos no solo eran incorporados como miembros activos de las asociaciones ligadas a la Iglesia riocuartense, sino que además esta participación era públicamente reivindicada y se asumía su defensa ante las autoridades gubernamentales. Observamos la participación activa dentro de la comunidad católica de miembros destacados del nacionalismo como Horacio Turdera y Luis Torres Fotheringham, sus estrechos vínculos con dirigentes de la Acción Católica como Tristán Castellano y la connivencia con las autoridades eclesiásticas para defender a los elementos más violentos de la extrema derecha<sup>104</sup>. Fueron precisamente estos sectores los que sirvieron de nexo entre el Obispado y el naciente movimiento peronista y, a partir de 1951, su marginación dentro del mismo fue lo que condujo al enfriamiento de las relaciones entre las jerarquías eclesiásticas y las autoridades nacionales.

Probablemente en esta situación influyera lo que identificamos como una quinta constante en las tácticas implementadas por Buteler a lo largo de su obispado: la personalización de los vínculos con aquellas personas o sectores que consideraba estratégicos para la implementación de su proyecto social y político. Este procedimiento fue empleado para conseguir fondos destinados a la construcción de la parroquia del Seminario, a través de cartas pastorales enviadas particularmente a aquellas familias que se consideraban solventes. Asimismo, se abordaba en las calles céntricas de la ciudad a los vecinos, con argumentos previamente ensayados y folletos propagandísticos, a través de los cuales se buscaba ensanchar las filas de las asociaciones católicas y sumar asistentes a las celebraciones eucarísticas. Finalmente, fue implementado en reiteradas ocasiones para influir sobre las votaciones de los legisladores provinciales y nacionales. Resultó fundamental aquí el rol desempeñado por los miembros de Acción Católica, a quienes se instruyó sobre cómo acercarse de la manera más estratégicamente posible a quienes tenían en sus manos los destinos de la organización política y social de la provincia y la Nación. Lo mismo puede decirse con respecto a las autoridades militares, lo cual se hizo particularmente patente durante el período 1943-1946.

## Discontinuidades

No todas fueron constantes en estas décadas de Obispado. Como en toda biografía, encontramos en la de Buteler vacilaciones, inconsistencias y contradicciones, así como virajes en las estrategias implementadas para la consecución de su proyecto político. En este sentido, reconocemos dos puntos límites. En uno, la actitud fuerte y explícitamente agresiva en con-

104 Para la reconstrucción de los vínculos entre el Obispado —a través de la Acción Católica— y la derecha riocuartense, remitimos a Camaño Semprini (2018).

tra del sabatinismo, la cual se tradujo en la permanente emisión de cartas pastorales condenatorias de sus medidas en materia política y, particularmente, cultural; el recurso a la prensa católica de mayor circulación en la provincia para masificar la llegada de su voz plasmada en notas de opinión que no eran consideradas tales por *Los Principios*, sino órdenes que en tanto católicos debían ser cumplidas; la recurrente apelación a las autoridades públicas, no solo a través de notas administrativas y cartas públicas, sino también con la presencia física en los despachos gubernamentales; y, finalmente, la siempre latente amenaza de la posibilidad de respaldar un desplazamiento forzoso del gobierno provincial, desde el momento mismo en que se desconocía su legitimidad de origen.

En el otro extremo, ubicamos la estrategia de silencio guardada frente al peronismo. Desde, por lo menos, 1949 se sucedieron diversas medidas que, de acuerdo con los antecedentes de Buteler, podrían hacer suponer una reacción iracunda. La reforma constitucional convirtió al catolicismo en la “religión oficial de la provincia de Córdoba” y establecía como finalidad principal de la educación formar a los educandos en el amor a la patria y a “los principios de la religión católica apostólica romana”,<sup>105</sup> pero eran muchas las expectativas de la Iglesia mediterránea que quedaban sin satisfacer. La gestión del gobernador San Martín se caracterizó por una serie de medidas un tanto controversiales: inició su mandato anunciando la instalación de casinos en la provincia, le negó reconocimiento al Sindicato de Obreros y Empleados Públicos (católico) que aspiraba a competir con el Centro de Empleados Públicos (peronista), ordenó la clausura temporal del diario *Los Principios*, incorporó la materia “Justicialismo Argentino” como obligatoria en la enseñanza de todos los colegios provinciales y autorizó la prédica evangelista (Tcach, 1991).

Sin embargo, Buteler optó por un uniforme mutismo. Parecía que buscaba evitar todo enfrentamiento con las autoridades públicas que pudiera ser entendido como una falta de compromiso con la “Revolución peronista”; al menos luego de que esta sospecha recayera sobre su cabeza y la del secretario obispal con motivo de su sostenida discordia con el comisionado municipal entre fines de 1947 y comienzos de 1949. Encontramos en este lapso algunos momentos de mayor tensión: el primero de ellos fue la visita presidencial en febrero de 1948, instancia en que la catedral se vio envuelta en conflictos políticos; el segundo, una serie de denuncias sobre moralidad que involucraban a las autoridades municipales publicadas en mayo por el secretario del Obispado, el cura Pedro Geuna, desde la revista de la catedral, *La Semana Católica*; el tercero, la acusación en contra del comisionado por malversación de fondos formulada en julio por el diario *La Voz de Río Cuarto* a través de una serie de notas escritas por sectores vinculados a Buteler, y, finalmente, el cuarto y más resonante, los conflictos entablados

105 Biblioteca de la Legislatura de la Provincia de Córdoba, Convención Provincial Constituyente, Diarios de Sesiones, 1949, pp. 560-594.

a partir del mes de octubre entre el Obispado y el comisionado municipal por la celebración de una misa de acción de gracias por el frustrado intento de asesinato contra el matrimonio presidencial. Estos enfrentamientos culminaron con la prohibición por parte de Buteler de la participación de eclesiásticos en los actos programados por Nolasco Ferreyra. Poco después de esta disposición obispal, este abandonó su cargo al frente del gobierno municipal y fue reemplazado. Durante la gestión de su sucesor, las relaciones fueron notablemente menos conflictivas y desde el Obispado se tendió a mantener silencio sobre algunas cuestiones que, en otras circunstancias, seguramente hubieran generado polémica e incluso incitado a publicar una carta pastoral.

Hubo algunas excepciones, pero siempre estuvieron circunscriptas a las autoridades provinciales y municipales. Con respecto a las primeras, el único llamado de atención que encontramos fue frente a lo que se entendía que era una intromisión en asuntos propios de la institución eclesiástica. Para entonces se estaba consolidando la expansión del peronismo hasta los lugares más recónditos, pero había ciertos límites que Buteler no estaba dispuesto a dejar sobrepasar. Menos aún porque atenían también a sus relaciones internas con la Orden Franciscana, cuyos nexos con la elite local había buscado disolver y reemplazar desde su llegada al Obispado. En este sentido, cuando en mayo de 1950 el gobierno provincial nombró como capellán de la Cárcel de Encausados de Río Cuarto a un miembro de la comunidad franciscana, el reverendo León Berengueres, Buteler lo rechazó de plano anteponiendo sus “derechos irrenunciables [de] Obispo”<sup>106</sup>.

En lo que respecta a las autoridades municipales, uno de los puntos que generó conflictos fue la cuestión de la moralidad. Entre las principales preocupaciones de Buteler se encontraba la asistencia de las mujeres a natatorios donde también concurrían hombres; práctica que era calificada como un “pecado mortal”. Aunque no protestara formalmente porque la municipalidad abrió una pileta a la que acudían ambos sexos, la reedición durante los veranos de los años cincuenta de las disposiciones diocesanas en contra de tal costumbre —publicadas originalmente en la década del treinta— era una condena explícita a dicha medida. También hubo críticas al cine, como uno de los espectáculos públicos de peor y más generales consecuencias negativas para la moralidad de costumbres, situación que afectaba en particular a la niñez. Algo similar puede decirse respecto a los carnavales, aunque en este caso, a diferencia de los anteriores, su prédica tuvo éxito, pues las autoridades municipales tomaron duras medidas moralizadoras que, de acuerdo con las críticas vertidas en la prensa opositora, desvirtuaron el espíritu del festejo<sup>107</sup>.

106 Archivo Histórico Convento San Francisco Solano, Caja 94, Carta del obispo al guardián de la Orden Franciscana, 16/05/1950.

107 Revista Eclesiástica del Arzobispado de Córdoba, 1951, pp. 287-289; El Pueblo, 08/02/1951.

Una explicación plausible para este contraste de estrategias puede encontrarse en la dispar realidad política en que ambas se desplegaron. Por una parte, mientras que durante la gobernación sabattinista, pese a sus constantes críticas, gozaba de total libertad de expresión, el peronismo se caracterizó, en su afán por construir una comunidad homogénea, por imponer restricciones a las voces disidentes. Por otra parte, a nivel eclesial, la postura del Episcopado argentino era diversa en ambos escenarios políticos. Frente al proyecto de Nación que se sostenía desde el gobierno central durante los años treinta, con quien la Iglesia compartía el ideal de una sociedad jerárquica no contaminada por el liberalismo, el sabattinismo significaba una disrupción que seguramente incomodaba al resto de las autoridades clericales tanto como a Buteler. Por el contrario, los compromisos con el gobierno peronista llevaban al conjunto del Episcopado a atemperar cualquier posible conflicto, al menos hasta que este afloró irremediablemente en 1954.

Es precisamente en sus relaciones con el peronismo que encontramos otros virajes estratégicos dignos de mención, por la aparente contradicción respecto a posiciones inflexiblemente sostenidas durante años. Una de ellas es el impulso dado a la organización de la Juventud Obrera Católica en la tardía fecha de 1947. Atribuimos esta maniobra a los temores —siempre latentes pero hasta el momento no manifiestos— despertados por la política laboral del gobierno peronista. Aunque esta había sido la base desde la cual Perón construyó su candidatura a partir de su desempeño en la Secretaría de Trabajo y Previsión hasta entonces no se había emprendido con fuerza en el espacio riocuartense el proceso de peronización del movimiento obrero sindicalizado. En marcado contraste con lo ocurrido a nivel nacional e incluso provincial, los gremios de Río Cuarto mantenían su independencia con respecto al partido gobernante e incluso sostenían una posición de abierta crítica. La intervención de la delegación de la CGT dispuesta dicho año, seguida de un proceso similar en los diferentes sindicatos tendiente al reemplazo de sus autoridades —vinculadas con el Partido Socialista y al Partido Comunista— por delegados afines al oficialismo, sin dudas influyó para que Buteler tomara esta iniciativa. Dejaba así a un lado su tradicional desdén por la situación de los sectores trabajadores, aunque muy presumiblemente más motivado por la preocupación que le generaba el avance del peronismo sobre todos los espacios sociales, que entonces comenzaba a hacerse efectivo en el ámbito de la diócesis, que por la cuestión social en sí.

Otra estrategia que llama la atención, por la intransigencia de su postura frente a los sectores laicistas durante los años treinta es la coincidencia con estos en la organización de los comandos cívico-militares —así como en el estado de movilización social que le precedió— que condujeron a la caída del peronismo. Un aspecto que despierta singulares suspicacias es el hecho de que el nexo entre ambos fueran elementos católicos tradi-

cionalmente vinculados a la derecha nacionalista, con los cuales el Obispado había mantenido sólidos vínculos que habían sido particularmente resistentes por las alas más progresistas del radicalismo cordobés. Dirigentes como Miguel Ángel Zavala Ortiz habían alzado fuertes críticas contra uno y otros en las páginas del diario bajo su dirección, *Tribuna*, e incluso había llegado a batirse a duelo con el correligionario Oyhamburu en defensa de la política laicista del gobierno provincial. Obviamente, esta conjunción pragmática de actores con proyectos políticos tan diversos no fue exclusiva de Buteler, pero se vuelve más visible su contraste por la habitual alta intensidad ideológica de su discurso. Al igual que en el caso anterior, entendemos que esta actitud por parte del Obispado fue una respuesta a la peronización compulsiva de la sociedad y el Estado, para entonces ya avanzada. El proyecto hegemónico de Nación que buscaba imponerse ya no coincidía con el enarbolado por la Iglesia y, como vimos, esto significaba que Buteler ya no se sentía obligado, “por conciencia”, a prestarle obediencia. Su concepción sacralizada de la política lo llevaba a subordinarla a la religión y cuando esta no respondía a los principios doctrinarios católicos, la resistencia no solo era para él legítima sino necesaria. El desplazamiento hacia una oposición desleal era, entonces, la consecuencia lógica —aunque no forzosa— de un discurso y accionar político sostenido durante décadas, caracterizado por la prácticamente nula posibilidad de arribar a soluciones concertadas y/o de compromiso.

## Consideraciones finales

Centrar nuestra mirada en la trayectoria biográfica de Leopoldo Buteler fue la perspectiva de análisis elegida para adentrarnos en procesos tan vastos como las relaciones entre la Iglesia —o, más ampliamente, el catolicismo— y la vida política argentina de mediados del siglo XX.

Optar por esta mirada situada implica un esfuerzo por no perder de vista “el paisaje en el cual transcurre”, como señalaba Bourdieu, pero también por evitar perderse en su magnitud. Descubrir sutilezas, identificar intensidades diversas, matices del discurso y particularidades de las estrategias y accionares son algunas de las tareas implicadas en esta labor historiográfica.

También significan el desafío de escapar a un análisis teleológico de la vida que nos sirve de encarnación concreta de los movimientos históricos que buscamos analizar, pues resulta difícil prescindir del conocimiento de los hechos consumados y de la búsqueda de una lógica detrás de cada acto o estrategia orientados detrás de un objetivo concreto. Quizás esta sea la tarea más difícil y no siempre lograda; sin embargo, es importante no olvidarla y revisarla permanentemente.

Importa, finalmente, conjugar múltiples dimensiones de análisis, atendiendo a los diversos procesos políticos, sociales e incluso culturales involucrados y plasmados en la “singularidad irreductible” de una vida, en este caso, la de Leopoldo Buteler, primer obispo de la diócesis de Río Cuarto.

## Referencias bibliográficas

- Agulla, J. C. (1968). *Eclipse de una aristocracia. Una investigación sobre las elites dirigentes de la ciudad de Córdoba*. Córdoba, Argentina: Libera.
- Bianchi, S. (1997). “La conformación de la Iglesia católica como actor político-social: el episcopado argentino (1930-1960)” en Bianchi, S. y Spinelli, M. E. (Comps.), *Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea*. Tandil, Argentina: Instituto de Estudios Histórico-Sociales.
- Bourdieu, P. (1989). “La ilusión biográfica” en *Historia y Fuente Oral*, n.º 2. Reproducido en *Acta Sociológica*, n.º 56, pp. 121-128.
- Bourdieu, P. y Saint-Martin, M. (2009). “La sagrada familia” en Bourdieu, P., *La eficacia simbólica. Religión y política*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Caimari, L. (2010 [1994]). *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires, Argentina: Emecé.
- Camaño Semprini, R. (2018). “Laicos y políticos: la Acción Católica en la vida partidaria riocuartense (1936-1946)” en *Revista de Historia Americana y Argentina*, vol. 53, n.º 1, pp. 67-97.
- Camaño Semprini, R. (2019). “El sueño de la ‘Nación católica’: el golpe de Estado de 1943 y la Iglesia argentina. Una mirada desde el obispado de Leopoldo Buteler (Río Cuarto, 1943-1946)” en *HistoReLo. Revista de Historia Regional y Local*, vol. 11, n.º 21, pp. 133-171.
- Camaño Semprini, R. (2020). “De ‘reinado sabio’ a ‘tiranía’: el peronismo desde la mirada de Monseñor Leopoldo Buteler (Río Cuarto, 1945-1955)” en *Coordenadas. Revista de Historia Local y Regional*, vol. 7, n.º 1.
- Costa, I. (2004). *Monseñor Leopoldo Buteler. Vida y obra del primer obispo de la Diócesis*. Río Cuarto, Argentina: Intercambio Cultural Alemán Latinoamericano.
- De Imaz, J. L. (1964). *Los que mandan*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.



- Le Goff, J. (1993). "Los retornos en la historiografía francesa actual" en Barros, C. (Ed.), *Historia a debate*, vol. 3, pp. 157-165. Traducido en *Prohistoria*, vol. 1, n.º 1, pp. 35-44.
- Levi, G. (1989). "Los usos de la biografía" en *Annales*, vol. 44, n.º 6. Traducido en *Revista de Temas Socio-Jurídicos*, n.º 44, pp. 14-25.
- Mallimaci, F. (1988). *El catolicismo integral en la Argentina (1930-1946)*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Sartori, G. (1980 [1976]). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid, España: Alianza.
- Tcach, C. (2007). "Entre la tradición conservadora y la tentación fascista: la derecha cordobesa contra Amadeo Sabattini" en *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Universidad Nacional de Tucumán. San Miguel de Tucumán, Argentina.
- Tcach, C. y Camaño Semprini, R. (2019). "Laicismo y clericalismo en Córdoba: la batalla por la educación (1923- 1945)" en *Estudios*, n.º 42, pp. 131-150.
- Zanatta, L. (2005 [1996]). *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*. Bernal, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.